

## CAPÍTULO VI

### QUE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO HA TRIUNFADO DEL MUNDO EXCLUSIVAMENTE POR MEDIOS SOBRENATURALES

“Cuando esté puesto en el alto, es decir, en la Cruz, traeré todas las cosas á mí: es decir, aseguraré mi dominación y mi victoria sobre el mundo,”<sup>1</sup> En estas palabras, solemnemente proféticas, descubrió el Señor á sus discípulos á un mismo tiempo lo poco que valían para la conversión del mundo las profecías que anunciaron su advenimiento, los milagros que publicaban su omnipotencia, la santidad de su doctrina, testimonio de su gloria, y lo poderoso que había de ser para obrar este prodigio su inmensísimo amor, revelado á la tierra en su ucifixión y en su muerte.

*Ego veni in nomine Patris mei, et non accipitis me: si alius venerit in nomine suo, illum accipietis.* (Joann., cap. V, versículo 34.) En estas palabras está anunciado el triunfo natural del error sobre la verdad<sup>2</sup>, del mal sobre el bien. En ellas está el secreto del olvido en que tenfan puesto á Dios todas las gentes, de la propagación asombrosa de las supersticiones paganas, de las hondas tinieblas tendidas por el mundo; así como el anuncio de las futuras crecientes de los errores humanos,

<sup>1</sup> Et ego si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum. (JOANN., XII, 32.)

<sup>2</sup> Donoso se refiere aquí sin duda á la naturaleza viciada por la culpa original, y en este sentido dice ser natural que el error triunfe de la verdad. —(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)



de la futura disminución de la verdad entre los hombres de las tribulaciones de la Iglesia, de las persecuciones de los justos, de las victorias de los sofistas, de la popularidad de los blasfemos. En aquellas palabras está como encerrada la historia, con todos los escándalos, con todas las herejías, con todas las revoluciones. En ellas se nos declara por qué, puesto entre Barrabás y Jesús, el pueblo judío, condena á Jesús y escoge á Barrabás; por qué, puesto hoy el mundo entre la Teología católica y la socialista, escoge la socialista y deja la católica; por qué las discusiones humanas van á parar á la negación de lo evidente y á la proclamación de lo absurdo. En esas palabras, verdaderamente maravillosas, está el secreto de todo lo que nuestros padres vieron, de todo lo que verán nuestros hijos, de todo lo que vemos nosotros. No: ninguno puede ir al Hijo, es decir, á la verdad, si su Padre no le llama <sup>1</sup>: palabras

1 Nemo potest venire ad me, nisi Pater, qui misit me, traxerit eum. (Joann., VI, 44.)  
—Sobre este texto, dice el Sr. Gaduel:

“En vano el Sr. Donoso dirá que *ninguno puede ir al Hijo, es decir, á la verdad, si su Padre no le llama.* En vano alegará que estas *“palabras profundísimas atestiguan á un tiempo mismo la omnipotencia de Dios y la impotencia radical, invencible del género humano:* en vano, repito, dirá estas palabras, si las dice en el sentido de que sin la gracia el hombre prevarcador y caído esté irremisiblemente condenado á ver todas las cosas del revés; que sin el rayo excelso de la revelación sea radicalmente impotente la razón humana para conocer ninguna verdad; que Dios haya puesto entre la verdad y nuestra razón una repulsión invencible; que sea, en fin, necesario afirmar, como el Sr. Donoso afirma con extraña fraseología, que *es necesario afirmar la nada, ó pasar con todas sus negaciones y con todas sus afirmaciones, con toda su alma y todo su cuerpo por el cilindro de la fé.* Si es así digo, como el Sr. Donoso entiende y presume interpretar las divinas palabras de nuestro Señor, nada más veremos los que sólo aspiramos á ser sobriamente sabios, sino un extraño y deplorable abuso del texto sagrado. (Ami de la Religión, 8 de Enero de 1858.)

En el sermón segundo para el Domingo de Pasión, *sobre el respeto debido á la verdad*, hace notar Bossuet que no se entiende cómo se pueda aborrecer “la verdad por sí misma, y en sentido general; pues como el gran Santo Tomás observa muy bien, lo que de este modo es vago y universal, no repugna jamás á nadie y no puede ser objeto de aborrecimiento. Así que los hombres no son capaces de aborrecer la verdad, sino en cuanto la consideran en algún caso ó asunto particular, en que combate sus inclinaciones ó contradice sus sentimientos.” Después continúa el elocuente Obispo probando “que no podemos odiar la verdad en cuanto ella reside en Dios. ó aparece en los demás hombres, ó la sentimos en nosotros mismos.”

En el segundo sermón para el Domingo de Quincuagésima, *sobre la Ley de Dios*, el mismo Bossuet, después de decir: “¿Qué es nuestra vida, sino un continuo extravío? Nuestras opiniones son otros tantos errores, y nuestras vías no son sino ignorancia.” añade: “Y cierto, cuando de nuestras ignorancias hablo, no me quejo, cristianos, de que ignoremos cuál sea la estructura del mundo, cuáles las influencias de los cuerpos

profundísimas que atestiguan á un tiempo mismo la omnipotencia de Dios y la impotencia radical, invencible, del género humano.

Pero el Padre llamará, y le responderán las gentes:—El Hijo será puesto en la Cruz, y atraerá á sí todas las cosas: ahí está la promesa salvadora del triunfo sobrenatural de la verdad sobre el error, del bien sobre el mal; promesa que será del todo cumplida al fin de los tiempos.

*Pater meus usque modo operatur: et ego operor sicut Pa-*

celestes, cuál fuerza es la que en medio del éter tiene á la tierra suspendida, ni me quejo tampoco de que todas las obras de la naturaleza sean para nosotros enigmas insoluble; no, pues aunque estos conocimientos sean muy admirables, y dignísimos de ser inquiridos, no es su carencia lo que hoy deploro. La causa de mi dolor tócaos más de cerca; lloro nuestra desgracia: lloro porque aun lo que nos es propio, lo ignoramos; porque ni el bien, ni el mal conocemos, y no sabemos cuál sea la verdadera conducta que debe gobernar nuestra vida..”

Ya hemos advertido antes que Donoso Cortés no habla en su libro de las primeras verdades abstractas, generales y vagas, que el hombre, según Santo Tomás, es incapaz de aborrecer, y sobre las cuales no hay disputa, pues no ofenden ningún interés ni pasión alguna. No se refiere tampoco á las demás verdades, que son objeto de las ciencias humanas, sino que, cuanto dice acerca de la razón en el hombre caído, y de su impotencia para alcanzar la verdad, y del odio que la tiene, etc., se aplica únicamente á la verdad en cuanto “á lo que nos es propio,” y solamente por la cual podemos tener la verdadera conducta que debe gobernar nuestra vida.; y aun en ese mismo orden, no dice que no podamos conocer tal ó tal verdad particular: dice solamente que sin la gracia, sin la revelación, sin la Iglesia, no podemos, en el estado en que la culpa nos deja; alcanzar la verdad; ó como él dice, *la verdad religiosa, la verdad doméstica, la verdad política, la verdad social*, es decir: el conjunto de creencias y leyes necesarias para gobernar nuestra vida individual, doméstica ó de familia, política, social, en el estado actual de la humanidad, estado que no es puramente natural, pues Dios ha querido llamarnos á la vida sobrenatural, imponiéndonos así necesidades y obligaciones que no podemos satisfacer con nuestras propias fuerzas. Con esta sola observación se ve bien cuánta injusticia encierran las acusaciones del Sr. Gaduel. Copiemos aun algún trozo del mismo sermón, *sobre la Ley de Dios*, poco ha citado, y cuyo autor no es en verdad *tradicionalista*, ni *seudo tradicionalista*, y se verá que Donoso Cortés no ha dicho jamás nada tan fuerte.

“Yo he nacido en una profunda ignorancia; y me hallé como peregrino en este mundo, sin saber qué era necesario hacer; lo que aprender pueda, está mezclado, con tantas clases de errores, que mi alma quedaría suspensa en una continua incertidumbre, si sólo tuviera sus luces propias; y no obstante está incertidumbre, me he visto empeñado en un largo y peligroso viaje: el viaje de mi vida, cuyos caminos son para mí desconocidos casi todos, y en el que me es necesario caminar por mil extraviados senderos rodeados de precipicios, famosos por la caída de tantas personas. ¿Qué haré yo ciego de mí, si no hallo por dicha mía un guía fiel que dirija mi alma y enderece mis pasos errantes é inseguros? Esto es lo primero que necesito.

„De lejos me estás gritando, ¡oh Filosofía!, que he de andar en este mundo por un camino resbaladizo de peligros rodeado; yo lo confieso, lo reconozco y aun lo sé por experiencia. Tú me ofreces la mano para sostenerme y guiarme; mas antes quiero saber si es segura, porque *si un ciego guía á otro ciego, ambos caerán en el precipicio.*”



*ter... sic et filius quos vult vivificat.* (Joann., cap. V, versículos 17, 21.) *Expedit vobis ut ego vadam: si enim non abiero, Paraclitus non veniet ad vos: si autem abiero, mittam eum ad vos* (Joann., cap. XVI, vers. 7).

Las lenguas de todos los doctores, las plumas de todos los sabios no bastarían para explicar todo lo que esas palabras contienen. En ellas se declara la soberana virtud de la gracia, y la acción sobrenatural, invisible, permanente, del Espíritu Santo. Ahí está el sobrenaturalismo católico con su infinita fecundidad y con sus maravillas inenarrables; ahí está explicado, sobre todo, el triunfo de la Cruz, que es el mayor y el más inconcebible de todos los portentos.

En efecto; el cristianismo, humanamente hablando, debía sucumbir, y era necesario que sucumbiera: debía sucumbir, lo primero, porque era la verdad; lo segundo, porque tenía en su apoyo testimonios elocuentísimos, milagros portentosos y pruebas irrefragables. Jamás el género humano dejó de rebelarse y de protestar contra todas esas cosas separadas; y no era probable, ni creible ni imaginable siquiera, que dejara de rebelarse y de protestar contra todas ellas juntas; y de hecho estalló en blasfemias, y en protestas, y en rebeldías <sup>1</sup>.

*eo.* Mas ¿cómo podré fiarme de ti, pobre Filosofía?... Poned un hombre que ignore lo que debe hacer en el mundo, ponelo en medio de una asamblea de cuantos sabios han existido; ¿qué resolverá este hombre, si después de oír las conferencias de los sabios espera que se pongan de acuerdo acerca de la resolución que debe tomar? Antes se verá cesar la guerra entre el calor y el frío, que conformes á los filósofos sobre la verdad de sus dogmas. *Nobis invicem videmur insanire.* "Insensatos nos parecemos unos á otros," decía San Jerónimo en otro tiempo. No, cristianos: yo no puedo fiarme nunca de sola mi razón humana; tantas veces varía, tantas vacila, tantas cae en el error, que abandonarse á ella como guía es exponerse á un peligro manifiesto.

<sup>1</sup> Este pasaje subleva también al Sr. Gaduel, el cual se ve, sin embargo, obligado á reconocer que "ni la doctrina más verdadera y santa, ni los milagros más evidentes, ni las profecías más ciertas y más rigurosamente cumplidas, hubieran bastado sin los auxilios de la gracia, interior, para convertir al mundo." Luego, *humanamente hablando*, es decir, prescindiendo de la gracia, la conversión del mundo era imposible, y el *cristianismo debía necesariamente sucumbir*; y no obstante esto, ni las profecías habrían perdido su certidumbre, ni los milagros su evidencia, ni la doctrina su verdad. La verdad de la doctrina, la evidencia de los milagros, la certidumbre de las profecías, no habrían servido, en esta hipótesis, sino para hacer más culpables á los hombres y redoblar el odio á la verdad que el pecado ha puesto en sus corazones, según Bossuet, conforme con San Pablo y San Agustín, explica en los varios pasajes citados en las notas anteriores.

Empero el Justo subió á la Cruz por amor, y derramó su sangre por amor, y dió su vida por amor: y ese amor infinito y esa preciosísima sangre merecieron al mundo la venida del Espíritu Santo. Entonces todas las cosas mudaron de faz, porque la razón fué vencida por la fe, y la naturaleza por la gracia.

¡Cuán admirable es Dios en sus obras, cuán maravilloso en sus designios y cuán sublime en sus pensamientos! El hombre y la verdad andaban reñidos; el orgullo indomable del primero se compadecía mal con la evidencia un tanto insolente y brutal de la segunda. Dios templó la evidencia de la segunda poniéndola entre nubes transparentes, y envió al primero la fe, y enviándosela, ajustó con él este pacto: "Yo dividiré contigo el imperio; yo te diré lo que has de creer, y te daré fuerza para que lo creas, pero no oprimiré con el yugo de la evidencia tu voluntad soberana <sup>1</sup>; te doy la mano para salvarte, pero te dejo derecho de perderte; obra conmigo tu salvación, ó piérdete tú sólo; no te quitaré lo que te di, y el día que te saqué de la nada, te di el libre albedrío." Y este pacto, por la gracia de Dios, fué libremente aceptado por el hombre. De esta manera la obscuridad dogmática del catolicismo salvó de un naufragio cierto á su evidencia histórica. La fe, más conforme que la evidencia con el entendimiento del hombre, salvó del naufragio á la razón humana. La verdad debía de ser propuesta por la fe, si había de ser aceptada por el hombre, rebelde de suyo contra la tiranía de la evidencia.

Y el mismo espíritu que propone lo que se ha de creer, y nos da fuerza para que lo creamos, propone lo que es necesario obrar, y nos da el deseo de obrarlo, y obra con nosotros para que lo obremos. Tan grande es la miseria del hombre, tan honda su abyección, tan absoluta su ignorancia y tan radical su impotencia, que no puede por sí sólo ni formar un buen propósito, ni trazar un gran designio, ni concebir un gran deseo

<sup>1</sup> Hay en esta expresión cierta finísima ironía, que parece continuarse en todo el párrafo con la supuesta tiranía de la evidencia.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)



de cosa que agrade á Dios y que aproveche á la salvación de su alma. Y por otro lado, es tan alta su dignidad, su naturaleza tan noble, su origen tan excelso, su fin tan glorioso, que el mismo Dios piensa por su pensamiento, ve por sus ojos, anda con sus pies y obra por sus manos. El es el que le lleva para que ande, y el que le detiene para que no tropiece, y el que manda á sus ángeles que le asistan para que no caigan; y si por ventura cae, Él le levanta por sí mismo; y puesto en pie, le hace que desee perseverar, y le hace que persevere. Por eso dice San Agustín: "Ninguno creemos que viene á la verdadera salud, si Dios no le llama; y ninguno, después de llamado, obra lo que conviene para esta misma salud, si Él no le ayuda." Por eso dice el mismo Dios, en el Evangelio de San Juan, capítulo XV, vers. 4 y 5: *Manete in me et ego in vobis. Sicut palmes non potes ferre fructum a sometipso, nisi manserit in vite; sic nec vos, nisi in me manseritis. Ego sum vitis, vos palmites: qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum multum; quia sine me nihil potestis facere.* El Apóstol, en su segunda Epístola á los de Corinto, cap. III, vers. 4 y 5, dice: *Fiduciam autem talem habemus per Christum ad Deum, non quod sufficientes simus cogitare aliquid a nobis quasi ex nobis; sed sufficientia nostra ex Deo est.* Esta misma impotencia radical del hombre en el negocio de su salvación confesaba el santo Job cuando decía (cap. XIV): "¿Quién puede hacer limpia una cosa concebida de masa sucia, sino vos, Señor?" Y Moisés diciendo (Exod., cap. XXXIV): "Nadie por sí mismo puede ser inocente delante de tí." San Agustín, en el inimitable libro de *Las Confesiones*, volviéndose á Dios, le dice: "Señor, dadme gracia para hacer lo que Vos mandáis, y mandadme lo que mejor os parezca." De manera que, así como Dios me declara lo que debo creer, y me da fuerzas para creerlo, del mismo modo me manda lo que debo obrar, y me da gracia para obrar aquello mismo que me ha ordenado.

¿Qué entendimiento habrá que conozca, qué lengua habrá que declare, qué pluma habrá que escriba la manera en que

Dios obra en el hombre estos soberanos prodigios, y cómo le lleva por el camino de la salvación con mano á un mismo tiempo misericordiosa y justa, suavísima y potente? ¿Quién señalará los linderos de ese imperio espiritual, entre la voluntad divina y el libre albedrío del hombre? ¿Quién dirá cómo concurren sin confundirse y sin menoscabarse? Sólo sé una cosa, Señor: que pobre y humilde como soy, y grande y potente como eres, me respetas tanto como me amas, y me amas tanto como me respetas. Sé que no me abandonarás á mí mismo, porque por mí mismo nada puedo sino olvidarte y perderme; y sé que al tenderme la mano que me salva, me la tenderás tan blanda, tan cariñosa y tan suave, que no la sentiré venir. Tú eres como silbo de viento delgado en lo suave, como aquilón en lo fuerte. Soy llevado por ti como por el aquilón, y me muevo hacia ti libremente, como mecido por viento delgado. Me llevas como si me empujaras; pero no me empujas, sino que me solicitas. Yo soy el que me muevo, y sin embargo Tú te mueves en mí. Tú vienes á mi puerta y llamas con blandura, y si no respondo, aguardas á mi puerta y vuelves á llamar: sé que puedo no responderte y perderme; sé que puedo responderte y salvarme; pero sé que no podría responderte si Tú no me llamaras, y que cuando respondo, respondo lo que me dices, siendo tuya la pregunta, y tuya y mía la respuesta. Sé que no puedo obrar sin ti, y que por ti obro, y que cuando obro, merezco; pero que no merezco sino porque Tú me ayudas á merecer, como me ayudaste á obrar; sé que cuando me premias porque merezco, y cuando merezco porque obro, me das tres gracias; la gracia del premio, con que galardonas; la gracia del merecer que me diste, con la cual galardonaste; la gracia que me diste de obrar con ayuda tuya. Sé que Tú eres como la madre, y yo como el niño pequeñuelo en quien la madre infunde el deseo de andar, y luego le da la mano para que ande, y después le da un beso en la frente porque deseó andar y anduvo con la ayuda de su mano. Sé que no escribo sino porque Tú me has encendido en el deseo de escribir, y que



no escribo sino lo que me enseñas ó lo que permites que escriba; creo que el que cree que mueve un miembro sin ti, ni te conoce ni es cristiano.

Yo pido perdón á mis lectores por haber entrado, siendo profano y lego como soy, por el camino recóndito y escabroso de la gracia. Todos reconocerán, sin embargo, á poco que reflexionen, que el entrar algún tanto por ese áspero camino era una exigencia imperiosa del gravísimo asunto que vengo tratando en los últimos capítulos. Tratábase de averiguar cuál es la explicación legítima del prodigio, siempre antiguo y siempre nuevo, de la acción poderosa que el cristianismo ha ejercido y está ejerciendo en el mundo, para venir á parar después en el misterio no menos estupendo y prodigioso de la virtud de transformación que ha mostrado en sí al ponerse en relación y contacto con las sociedades humanas. El prodigio de su propagación y de su triunfo no está en los testimonios históricos, ni en los anuncios proféticos, ni en la santidad de su doctrina; circunstancias todas que, en el estado á que fué reducido el hombre después de la prevaricación y de la culpa, han sido más propias para apartar de él á las gentes que para llevarle triunfante y vencedor hasta los términos más apartados de la tierra. Los milagros no han sido tampoco parte para obrar este prodigio; porque si bien es cierto que considerados en sí son una cosa sobrenatural, considerados como una prueba exterior son una prueba natural, sujeta á las mismas condiciones que los otros testimonios humanos. La propagación y el triunfo del cristianismo es un hecho sobrenatural, como quiera que se ha propagado y ha triunfado á pesar de llevar en sí todo lo que debía haber impedido su propagación y su victoria. Siendo este un hecho sobrenatural, no podía explicarse legítimamente sino subiendo á una causa que, siendo por su naturaleza sobrenatural, obrara en lo exterior de una manera conforme á su propia naturaleza, es decir, sobrenaturalmente. Esta causa sobrenatural en sí misma y sobrenatural en su acción es la gracia. La gracia nos fué mere-

cida por el Señor cuando padeció en la Cruz muerte afrentosa, y la recibieron los Apóstoles cuando bajó sobre ellos el Autor de toda gracia y de toda santificación, el Espíritu Santo. El Espíritu Santo infundió en los Apóstoles la gracia que nos mereció la muerte del Hijo por la misericordia del Padre, viniendo de esta manera á ocuparse en la obra inefable de nuestra Redención, como antes en la creación del universo, la Trinidad divina.

Esto sirve para explicar dos cosas que sin esta explicación serían de todo punto inexplicables, conviene á saber: cómo fué que los Apóstoles obraron mayores milagros que su divino Maestro, y que los milagros de los primeros fueron más fructuosos que los del segundo, según les fué anunciado por el Señor repetidas veces y en diferentes ocasiones. Consistió esto en que el rescate universal del género humano en toda la prolongación de los siglos, desde los tiempos adámicos hasta los últimos tiempos, había de ser el galardón de la sangrienta tragedia de la Cruz, y en que, hasta que fuera consumada, las divinas mansiones debían estar cerradas ante los desdichados hijos de Adán con puertas de diamante.

Cuando los tiempos fueron llegados, el espíritu de Dios vino sobre los Apóstoles como un viento impetuoso en lenguas de fuego. Entonces sucedió que sin transición ninguna fueron mudadas en un punto todas las cosas, en virtud de una acción sobrenatural y divina. En los Apóstoles se obró la primera mudanza: no veían, y tuvieron luz; no entendían, y tuvieron entendimiento; eran ignorantes, y fueron sapientísimos; hablaban cosas vulgares, y hablaron cosas prodigiosas. La maldición de Babel tuvo fin: desde entonces cada pueblo había hablado su lengua; los Apóstoles las hablaron sin confusión todas juntas; eran pusilánimes, fueron atrevidos; eran cobardes, fueron valerosos; eran perezosos, fueron diligentes; habían abandonado á su Señor por la carne y por el mundo, abandonaron por su Señor el mundo y la carne; habían dejado la Cruz por la vida, dieron la vida por la Cruz; murieron en